

UN 98 SIN LLANTO

Fernando García de CORTÁZAR

Cuba, Filipinas, Puerto Rico era todo lo que le quedaba a España de un imperio derrumbado. Sin embargo en la primavera de 1898, el naciente imperialismo de los Estados Unidos pensó que incluso era mucho para una nación rezagada a la que sus colegas europeas apenas respetaban. Tras largos años de enfrentamientos domésticos de los insulares con la metrópoli, los norteamericanos deciden entrometerse en el conflicto, seguros de su éxito y de sus recientes construcciones navales. Con mil argumentos de libertad y autonomía por delante, Mac Kinley exige del gobierno de Sagasta su abandono de las islas y, sin darle tiempo a reaccionar, le declara la guerra.

La indignación se apropia de España, que envía a sus soldados al matadero de Cuba y Filipinas envolviéndolos antes en laureles de patria y esperpento. Con todo, la decisión española de plantar cara al futuro coloso americano no fue ni tan atolondrada ni tan quijotesca como luego los historiadores harían creer. Los políticos españoles conocían perfectamente la debilidad de la armada nacional y las desiguales fuerzas de los ejércitos destinados a enfrentarse. Lo "más sensato" era negociar "la paz que se pueda, amén", reconocería, más tarde, Antonio Maura. Muy pocos fueron, sin embargo, los que se aventuraron a aconsejarlo en medio de la algarabía patriótica de una España oficial henchida de orgullo militar y una España real que consideraba Cuba una porción de tierra andaluza. A ambas Españas, el entregar la isla sin lucha les parecía una bajaza inadmisibles que no estaban dispuestas a tolerársela a ningún gobierno. Ante la amenaza de una revolución popular o un golpe militar, el gabinete de Sagasta no pudo elegir otro camino que el de la guerra, previsiblemente breve, contra los Estados Unidos.

El adiós a las últimas colonias se reviste de tragedia nacional, al ser considerada consecuencia de la derrota ante una nación extranjera y no de una guerra entre españoles, como lo fuera el desgarramiento americano de los años veinte. Fruto de la desolación, el fantasma de nuevas sangrías referidas a Canarias e incluso a Baleares golpeó la España posterior al Desastre. El poeta Antonio Machado recuerda aquellos días aciagos:



Fue ayer; éramos casi adolescentes; era
con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,
cuando montar quisimos en pelo una quimera,
mientras la mar dormía, ahíta de naufragios.

Sin embargo el descalabro de España ante los Estados Unidos representó no más de lo que en la Europa de Bismarck supusieron Adua para Italia, la denigrante subordinación de Portugal al Imperio británico o la humillación rusa en la guerra con los japoneses de 1904-1905. Una sufrida nómina de *noventa y ochos* europeos que tiene su pórtico en la derrota de Sedan y la investidura del II Reich en el Palacio de Versalles con su desgarrón del alma francesa.

Tras su fracaso ante el ejército prusiano en 1870, Francia había patentado un modelo de reflexión sobre los caracteres y cimientos de la nación para oponerlo al concepto nacional germánico que había legitimado la conquista de Alsacia-Lorena. Esta tarea de introspección, reflejada en los escritos de Ernest Renan o Fustel de Coulanges, estableció los fundamentos teóricos con los que la III República habría de reforzar el edificio de la nación francesa. A golpe de modernidad, el *año terrible* que retratará Victor Hugo o del *desastre* según Zola da paso, en seguida, a la renacida Francia de la Torre Eiffel; mientras que la lección del 98 sería peor aprendida por la vieja España repartida, ya en el siglo XX, entre la Sagrada Familia de Barcelona y el monumento al Corazón de Jesús del Cerro de los Angeles de Madrid.

La gloria triste

Con el desengaño a cuestas, la crisis intelectual airea las desdichas de la nación, afincándolas en la plaza pública a través de la prensa, el ensayo o la oratoria del parlamento. El deseo de *regeneración* para España hermanará las inquietudes de Joaquín Costa con la preocupación pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza, el progresismo de Galdós y Clarín con las interesadas protestas de la burguesía catalana o las exigencias del movimiento obrero. En plena sacudida, los pensadores regeneracionistas orientan sus baterías hacia la política caciquil y sus apoyos, alcanzando también sus censuras a un pasado retórico de glorias nacionales y héroes. El desconcertante Joaquín Costa pide deshinchar Sagunto, Numancia y Lepanto; Unamuno reclama el protagonismo de millones de hombres "sin historia". Repletos de protagonistas colectivos, los *Episodios Nacionales* a los que retorna Pérez Galdós en 1898, proclaman el poder de la nación y anticipan la hegemonía de las masas en la crónica española.

De las diatribas contra los políticos hubo quienes dieron un salto al rechazar el parlamento y tampoco faltaron los que, sin esconder su ramalazo paternalista, consideraron al pueblo español incapaz de echarse al hombro su propio futuro.



Radical desconfianza, manifestada en la búsqueda de enfermedades nacionales como la abulia, el autoritarismo, la picardía, la envidia o el horror al trabajo que justifican la necesidad de tutores. Estas meditaciones ocupan a una generación de pensadores, complicada y contradictoria, que amaba España y aborrecía lo español, que pedía a gritos la europeización y suministraba elementos casticistas. Presos de sus paradojas, los hombres del 98 manifiestan en sus zozobras el fracaso de un proyecto liberal y nacional de España.

1898 es la fecha fuerte de la reflexión sobre España, pero no significa esto que la cultura y el arte no se inquietaran antes por los males del país. Mientras toda una España, con sus gobernantes y gobernados agonizaba, la cultura vivía una vida pletórica como no había disfrutado desde el siglo XVII. El camino ascendente emprendido por la cultura en 1875 desembocó al llegar el siglo XX en un periodo de esplendor, una *segunda edad de oro*, en la que conviven tres generaciones: los ensayistas del 98, los europeístas del 14 y los poetas del 27. Una clase intelectual, en el verdadero sentido del término, de amplitud nunca superada después, habría de ser en muchas ocasiones el espejo y detonante de la crisis del Estado. Por vez primera vez una generación española – a la que se debe la difusión del término *intelectual* – tenía una conciencia clara de su función rectora en la vanguardia de la sociedad. La tuvieron ellos pero no así el país, ni su rey Alfonso XIII que nunca los frecuentó, confiando su popularidad, no recompensada políticamente, al ejercicio de un sentido madrileño de la frase graciosa o la ocurrencia castiza.

La meditación sobre España, en efecto, viene del decenio anterior pero se vuelve obsesiva con el adiós a las últimas colonias. Y es que la fuerza destructora de la crisis había puesto en graves aprietos a los grupos dominantes para articular los intereses de todos los ciudadanos en un programa nacional común. La pérdida de Cuba y Filipinas desmoronaba el consenso alcanzado a finales del XIX y destruía una forma de vertebración en la que el modelo colonial tenía un peso determinante. Sin los negocios de ultramar recobraban nuevos bríos las tensiones autonomistas, sobre todo en Cataluña, la región más industrializada y próspera de España. En las Antillas, los industriales y comerciantes de Barcelona tenían grandes intereses y su abandono hizo arreciar la marejada de irritación contra Madrid, a cuya testarudez se responsabilizaba injustamente del desenlace. Por el contrario, la negativa de los empresarios barceloneses al libre comercio de Cuba, la gran reivindicación de la burguesía isleña, estaría entre los agravios que prepararon la catástrofe.

Con la sacudida del 98 numerosos propietarios de Cataluña confían al *catalanismo* su desahogo contra los gobiernos de la monarquía: el Estado castellano, incompetente y anacrónico se había dejado arrebatar el mercado colonial, en la práctica, monopolio de Barcelona. La conciencia *nacional catalana* exigía ahora mayor participación en la vida pública, reconocimiento de sus singularidades culturales y la reforma del régimen político que, de repente, se convertía en un estorbo para el desarrollo de Cataluña. Ni tan siquiera la retórica del discurso gubernamental puede

ocultar el lento proceso de desnacionalización, sin paralelo en Europa, iniciado a raíz del examen de las responsabilidades de Cuba y Filipinas. En el 98, España pierde su discurso nacional en favor de las sensibilidades centrífugas, que ilegitiman el unitarismo precedente; mientras el Estado, carente de instrumentos consensuados, sólo podría imponerse por la fuerza al mostrarse ineficaces las invocaciones a la grandeza de la patria para movilizar las masas. De ahí el tono áspero de la fractura noventayochista, reflejo de la imposibilidad conservadora de unificar, en nombre de la nación, la comunidad que ésta representa y de orientarla hacia un proyecto común. La sacudida es dramática en Cataluña:

“¿Dónde estás España, dónde que no te veo?
 ¿No oyes mi voz atronadora?
 ¿No comprendes esta lengua que entre peligros te habla?
 ¿A tus hijos no sabes ya entender?
 ¡Adiós, España!”

(Joan Maragall, Oda a España)

Un aire bien distinto es el de los versos del nicaragüense Rubén Darío, que en 1899, en plena desilusión del adiós a las colonias, daba ejemplo de optimismo:

“Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire
 mientras la onda cordial alimente un ensueño
 mientras haya una viva poesía, un noble empeño
 un buscado imposible, una imposible hazaña,
 una América oculta que hallar, vivirá España.”

España con pulso

Inducida por una minoría despierta, la mala conciencia del 98 no es sino una crisis de modernización de España, a la que intentaron curar los regeneracionistas de Polavieja, los catalanistas de Cambó, los conservadores de Silvela o los universitarios europeístas de la generación del 14. Con Cataluña siempre en el punto de mira, la urgencia por dar autenticidad al sistema promueve los primeros atisbos de descentralización y el empeño de acomodar el ejército a los tiempos nuevos, mediante el servicio militar obligatorio sin excepciones a los ricos, que inspiran a Blasco Ibáñez sus reflexiones sobre el obligado patriotismo de los pobres. Otras iniciativas pretenden ensanchar las bases del régimen, integrando en él, de una u otra forma, dos aspectos representativos de la España vital, la socialdemocracia y los regionalismos.

Si se prescinde de su metafísica nacionalista, los catalanes de Cambó coincidían en sus reclamaciones con la meditación de los pensadores castellanos, y quienes hablaban de Cataluña como el gran problema nacional no se daban cuenta de que la verdadera cuestión radicaba en una forma de ver España que impedía el progreso

catalán y el del conjunto de los españoles. Habría que esperar a la Constitución de 1978 para desagrar a todos los ciudadanos que con el desengaño de 1898 se habían dolido de aquella España destartada y centralista. Ochenta años más tarde las reivindicaciones de los noventayochistas encontraban satisfacción en un texto constitucional. Por fin España era un Estado fuertemente descentralizado, sensible a la demanda democrática y atento a las peculiaridades de sus regiones.

Todas aquellas reivindicaciones históricas del amanecer de los nacionalismos, que, sobre todo, los catalanistas manifestaron, quedaban satisfechas con la Constitución de 1978, pero no parece que los nacionalismos estén dispuestos a cambiar su discurso. Reconocidas la democratización del sistema, la descentralización administrativa y la heterogeneidad cultural de España, los nacionalismos buscan su legitimación entre los rescoldos de los hechos diferenciales y la incomprensión del poder central. Sin embargo, el problema no radica en el hecho diferencial sino en la voluntad diferenciadora, que la Constitución de 1978, más que aplacar, contribuyó a recrudecer. Así el debate sobre la nación amenaza con matar de aburrimiento y pesadumbre a unas cuantas generaciones de españoles, a los que la polémica sobre su identidad puede llevar al encefalograma plano.

Y si palabras como tétrico, sombrío, trágico o melancólico componen el vocabulario habitual de los escritores más noventayochistas (Javier Varela, *El mito de Castilla en la generación del 98: Claves*, marzo, 1997)... es claro que estos adjetivos no sirven para retratar ni la España de Almodóvar, ni la de las Olimpíadas de 1992. Ni el paisaje de Castilla erigido por los del 98 en símbolo y mito nacionalista tiene parentesco alguno con el color y el panorama de una España de mil tierras y otros tantos cielos. "Amo tanto a Castilla... los únicos paisajes integrales que ha perpetuado mi paleta..". diría Ignacio Zuloaga.

En plena desolación del 98, los españoles descubren al Greco, cuyos cuadros habían sido motejados de "caricaturas absurdas" por el pintor Madrazo. Cuando España busca un camino nuevo, reaparece el credo estético de cuerpos alargados y fantasmagórica iluminación, del que se sirve un grupo de artistas para retratar con sus pinceles la imagen literaria de una España negra, doliente y agónica que ya había adelantado Darío de Regoyos.

Nada tan sombrío y noventayochista como los temas del guipuzcoano Ignacio Zuloaga para quien el negro era el color más hermoso y el más español. El estereotipo español difundido por Zuloaga – damas amantilladas, toreros, clérigos, sufridos picadores – le haría famoso primero en París. En España, sin embargo el éxito fue menos rotundo. Triunfaba Joaquín Sorolla, que con influencias parisinas del luminismo impresionista retrató el verano mediterráneo pero también algunos paisajes castellanos, entre otros, varios cuadros de Toledo, en las antípodas del de Zuloaga. El pintor valenciano le dijo una vez a Unamuno, para escándalo del bilbaíno, que la preocupación dominante de los españoles era el goce sexual, que él no veía tristeza por ningún lado. Por eso se le acusó a Zuloaga de dar una imagen distorsionada de

España e ignorar la inquietud científica de muchos españoles y sus esfuerzos de renovación (Javier Varela, arriba cit.).

Mientras tanto, la tonalidad amarillenta delata a Isidro Nonell, que retrató el cretinismo endémico de la Cataluña profunda antes de especializarse en los marginados del barrio chino, gitanas o mendigos que inundaron Barcelona tras el desastre cubano. Pintores vascos y catalanes recrean una imagen deformada y abusiva de los otros españoles – sin contar con ellos –; y serían precisamente estas imaginaciones pictóricas las que representarían a la generalidad de sus compatriotas, calando hondo el estereotipo en las propias regiones de donde salieron. Los escritores periféricos harían lo mismo, al inventarse un modo de ser español que no se corresponde a la realidad pero que luego la mediatizaría. Aunque se trate de un personaje peregrino, puede servir de ejemplo el retrato esperpéntico y avieso que hace de los españoles el fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana.

El siglo positivo

Cien años después del descalabro colonial, las contradicciones del 98 aparecen claras en una España democrática y plural, bien afirmada en el conjunto de las naciones. La primera de todas ellas, el pesimismo noventayochista de sus intelectuales en un país, cuya economía florece y las ciencias adelantan. A pesar de tanto llanto, hubo mucho de positivo en aquella sacudida de conciencias provocada por el hundimiento colonial que pondría en marcha, como ha escrito José Varela Ortega, lo que hasta el día de hoy ha sido la ortopedia de modernización de España.

El sello del noventa y ocho lo llevan la política hidráulica, con que se estrena el siglo, la inquietud economicista, las obras públicas de la dictadura de Primo de Rivera, la obsesión pedagógica de la Segunda República y hasta el propósito industrializador de Franco. Más que una respuesta aislada y pesimista, el 98 es una reacción provechosa, que “venía e iba desde y a lo lejos y que buscaba la expiación por vía de contricción imitativa: la modernización”. Para redimir las culpas de la derrota, apunta Varela, los españoles no se pusieron el cilicio retrospectivo sino que intentaron imitar a quien le castigaba, de tal forma que el mundo euroatlántico se convirtió en el ejemplo a seguir. ¡Lástima que en ocasiones se abandonara el modelo, manteniéndose viva la incurable paradoja de una España, mezcla de chapuza y modernidad, madre y madrastra, cielo teológico y tierra firme!

Al recordar hoy nuestras raíces americanas no agostadas en la tristeza del 98, sino robustecidas con nueva savia celebramos también nuestra condición mestiza. A la luz de la Historia podremos admirar nuestros cimientos orientales, romanos, godos, judíos, árabes, cristianos, imperiales y americanos, así como muchos de los rasgos que retratan el *ser español* en el largo periplo de tres mil años. La pertinaz paradoja que supone la convivencia del ansia de libertades individuales con la aceptación de tiranos, la

mística y la intolerancia religiosa con el más virulento anticlericalismo, la expansión culturalmente enriquecedora hacia América con el retraimiento pesimista, la facilidad para crear amigos con el síndrome de Caín, las tendencias unitarias con las tentaciones disgregadoras, el ardor guerrero con la anarquía, la chapuza con la modernidad... "Tú pasado eres tú y al mismo tiempo eres la aurora que aún no alumbra nuestros campos", poetizó Cernuda compartiendo nuestra esperanza de que la Historia, al desvelar el pasado de la sociedad española la libere de sus obsesiones con la misma fuerza que el psicoanálisis lo hace en los seres enfermos al descubrir las trabas ocultas de su inconsciente. Ella nos ayudará a recuperar España, plaza mayor amable, ciudad ilusionada, con todos sus campos de guerra en barbecho, bien asfaltada de paz recta, abriéndose a lo largo y ancho como una redentora servidumbre de paso.